



La Lectura Popular

AÑO XIV

Orihuela 1.º de Julio de 1896.

Núm. 309

FUTUROS IMPERFECTOS



AMIGO D. Alfredo, parece que se obra.

—Sí, señor; trato de echar abajo este casuco; no me gustan las cosas antiguas y quiero edificar un *hotelito* que responda á las exigencias de la vida moderna.

—Pues, hombre, esta casa no es mala; en ella han vivido tres generaciones de abuelos de usted, y á todos los ha cobijado cómodamente, proporcionándoles una vida larga y pacífica.

—¿Qué quiere usted? amigo mio; hoy no basta eso: el mundo ha dado muchas vueltas, y ha venido á enseñar á los hombres á vivir mejor. En este siglo no bastan ya aquellas tres cosas que mi abuelo pedía á Dios para vivir feliz en este valle de lágrimas, que eran salud, pan y paz; hoy se necesita añadir otra cosa.

—¿Cuál D. Alfredo?

—*The comfortable life*, que dicen los ingleses.

—No he entendido en mi vida á los ingleses.

—Quiero decir la vida confortable, la vida cómoda, la vida satisfecha en todas sus exigencias. No esa vida de hidalgo manchego que se lleva en España, país el más atrasado que se conoce.

—¿Se burla usted? D. Alfredo.

—Lo que usted oye. España es un país atrasado; en España no se vive; en España no se come. Vaya usted á Francia: allí por ejemplo, empieza usted por tener *carnes educadas*....

—¿Como es eso?

—Entiéndame usted: quiero decir carnes preparadas en vivo, por medio de cebamientos inteligentes, ya para lomos, ya para platos especiales. ¡Cocina como aquella!

—Sí señor; lo que es la cocina....

—Pues vaya usted á buscar en España esas cosas.

—¿Las carnes educadas?

—Ni nada absolutamente. ¿Halla usted en España un vino de sopa que pueda beberse?

—Hombre, el *pajarete*.

—No diga usted necedades: eso no es vino de sopa.

—Vamos, ya; es que ahora hay que ir variando de vino á cada plato.

—Claro está. Pero en fin, no hay que extrañar esto en un país que ni siquiera sabe calentarse en invierno. Va usted á pasmarse cuando vea el *sistema de calefacción* que pienso establecer en mi *petit hotel*.



—¡Caramba; pues si en nuestro clima con un brasero de aquellos de tarima y alambra le sobra á uno calor! Aun me parece estar viendo á su padre y á su madre de usted (que gloria hayan) pasar las veladas de invierno junto á *la copa* que tenían ustedes en casa. ¡Qué tranquilidad aquella, D. Alfredo! El morrongo.... ¿se acuerda usted del morrongo, aquel gato rojo que estimaban tanto? los acompañaba casi siempre dormitando al calorcillo de las brasas. Había ratos en que apenas se oía otro ruido en aquella pacífica casa que el roncar del gato y el *tic tac* del pendolón que tenían ustedes en la habitación del Santo Cristo. Su madre de usted hacía

calceta, rezando por lo bajo sus devociones; mientras su papá de usted, que era muy amigo de tener buenos libros, solía entretenerse leyendo el Año Cristiano ó algun tomo de viajes.

—Hombre, déjese usted de antiguallas. Aquellos benditos estaban á oscuras.

—No diga usted eso; precisamente en la casa de usted se usó siempre un hermoso velon de cuatro mecheros.

—No es eso. ¡Qué velon ni qué niño muerto! Quiero decir que mis padres no habían llegado á conocer la vida moderna en toda la espléndida que despues ha llegado á adquirir merced á los grandes adelantos de la civilización. ¿Le parece á usted que si hoy vivieran usarian aquel carruaje antiguo que parecía un navío de tres puentes?

—¿La galera aquella de tanta duración? Y, ¿por qué no?

—Porque, como es natural, hubiesen visto que otras familias menos acomodadas que ellos tenían trenes dignos de un príncipe.

—Ahí está el mal, amigo; ahí está el mal, en querer todos vivir como príncipes. Así anda el mundo como anda.

—Anda en coche, que es lo mejor.

—Pero lleno de trampas, que es lo peor.

—Es que mis padres podían gastar.

—Y gastaban; pero ¿usted sabe en qué? Pues yo se lo diré. Gastaban en amparar huérfanos, en socorrer viudas, en sostener hospitales, en favorecer pobres artesanos para que no cayesen en manos de usureros. ¿Le parece á usted que eso no es gastar, y gastar bien?

—Sí, señor; pero en este siglo hemos descubierto que comiendo y bebiendo, y gozando y bailando se socorre mejor á los pobres.

—Quisiera yo saber cómo se hace ese milagro.

—De un modo muy sencillo. Figúrese usted que yo edifico mi *hotel*, como lo estoy edificando. Es consiguiente, que no he de prescindir de rodearle de un jardín

con magníficas verjas, fuentes elegantes, y una completa colección de plantas de todos países, cueste lo que cueste. Tampoco he de prescindir, como no prescindiré, de vestir mi casa con la decencia que exige el buen tono, á cuyo efecto he de proporcionarme las mejores tapicerías y los mejores muebles. Tras esto, ya no hay remedio, habré de montar mi biblioteca, mi gimnasio, mi sala de baños, mi sala de esgrima y de baile y de juego, gabinete particular, etc., etc., como mejor puedan montarse hoy en Inglaterra y en Alemania. Habré de poner mis caballerizas á la altura que puedan tener las de cualquier título de mi posición, y, finalmente, habré de armonizar la marcha de mi casa en proporción á lo que ella es, y á lo que el decoro exige. Pues bien ¿le parece á usted que esto no proporciona trabajo, que esto no evita indigencias y socorre necesidades?

—No, señor, no me parece. ¿Quién va á fundir las verjas y las fuentes del jardín de usted?

—¿Quién ha de fundirlas? La mejor fábrica que se conoce en Europa: *Stpheson et Compagnie*, de París.

—¿Quién va á tejerle á usted las tapicerías?

—La gran casa *Gravovith Ainefrers*, fabricantes de Lyon.

—Bueno vá; y de la colección de plantas ¿quién se encarga?

—La casa *Flin*.

—¿Y del mobiliario?

—La casa *Flam*.

—Total: Flin, Flam, París y Lyon; es decir, grandes fábricas, grandes casas, grandes negociantes. ¿Son esos los pobres que va usted á proteger?

—¿Es que esos fabricantes no mantienen operarios?

—Sí, señor; pero ya procuran que sean los menos posibles, para lo cual se proporcionan máquinas que ahorren trabajo. Además, la necesidad en que se ven de abaratar las manufacturas para competir con otras fábricas, hace que cada día vayan por precisión bajando los jornales. Es decir, que según el sistema moderno de protección al trabajo, el jornalero viene á ser, en resumen, un último mono que si en sus días de infortunio, de enfermedad ó de crisis no se ahoga, es porque nunca faltan gentes á la antigua, como su padre de usted, que se dejan de Flines y de Flanes, y procuran destinar á su socorro lo que habían de gastar en mobiliarios de París y tapicerías de Lyon. Pero vamos, don Alfredo, usted dirá, y con razón, que el sistema moderno de *proteger* al pobre *bailando, gastando y gozando*, es mas

cómodo que el antiguo de socorrerlo privándose uno de lo superfluo para darle á él lo necesario? porque entre uno y otro sistema se mete este pícaro cuerpo pidiendo á gritos la *vida comfortable*. ¿No es esto?

—Cabalito; y hay que darle gusto,

—Pues entonces no nos vengan ustedes los que se la echan de ilustrados á la *exclusiva*, diciéndonos que por medio del lujo ejercen la caridad mejor que la ejercían nuestros abuelos por medio de sus privaciones; porque mientras aquellos *oscurantistas*, como ustedes les llaman, se sacrificaban ante el pobre, ustedes procuran sacrificar al pobre ante sí, y aun después pretenden atribuir á bondad de su sistema el que le quede algún triste hueso que roer. ¡Ah, señores charlatanes! Por más que se calienten ustedes la cabeza no hallarán ustedes nunca medio de confundir la luz con las tinieblas. Son ustedes sencillamente unos paganos á la moderna, que con sus vinos *de sopa*, y sus carnes *educadas*, y su vida *comfortable*, y sus bailes *de caridad*, y sus lujos *protectores* no hacen sino adorar y dar culto al ídolo que desde que nacieron llevan ustedes encima.

—¿Que ídolo es ese?

—El ídolo *Panza* que según los autores tiene justito un palmo cúbico de volumen, y sin embargo, quisiera tragarse el mundo entero cada veinticuatro horas, añadiéndole algún vino *de sopa* para acelerar la digestión.

—Veo que se amosca usted, querido, y lo siento, porque hay que tomar las cosas conforme son. Comprenda usted que han pasado los tiempos del ascetismo y de la mortificación.

—Se equivoca usted; para los verdaderos cristianos la vida del alma no pasa jamás.

—Esa vida también la hacemos hoy en el teatro, donde por medio de los grandes espectáculos, músicas, bailes, dramas fuertes y demás emociones se sostiene vivo el sentimiento.

—Querrá usted decir la sensualidad ¿Y es esa la manera de dar vida al alma?

—Desengáñese usted, amigo, hay que vivir, y vivir á gusto; lo demás son cuentos.

—Justo, ¿y para eso piensa usted edificar el hotelito con las tapicerías *Flan*, y las calefacciones *comfortables*, y las carnes *educadas*?

—Claro está.

—Pues á vivir D. Alfredo, y buen provecho.

EPÍLOGO

(Veinte días después)

—¿Adonde bueno? doctor.

—A acompañar en su último viaje á D. Alfredo de la Peraleja.

—¿Se burla usted! ¿A D. Alfredo? ¿á mi amigo D. Alfredo? ¿al que estaba edificando el *hotelito* de la calle de las Delicias?

—Al mismo.

—Pero, hombre, si hace cuatro días me hablaba á mí de su sistema de calefacción.

—¿Y por eso no iba ya á morir?

—Entiéndame usted; que hace breves días me hablaba de sus proyectos futuros.

—Pues como no los realice en la Sacramental de San Luis, ya no tiene otro sitio donde realizarlos.

—¡Ay, Dios mío! ¡que lástima de tapicerías y de vinos de *sopa*!

—Tranquilícese usted, amigo, que no faltará quien los disfrute.

—¿Quién?

—Los pobres del Asfío.

—¿Como es eso? Pues si D. Alfredo era partidario del sistema de la *caridad indirecta*, es decir, de *socorrer bailando*.

—Pues al morir ha cambiado de opinión. Yo le oí en sus últimos momentos. «¡Ay de mí! decía, que necio he sido con levantar tantos castillos sobre el falso cimiento de la vanidad? Ahora veo que hasta el *Morrongo* de casa de mi padre sabía más que yo; puesto que supo cumplir su destino y vivir en paz. En cambio yo, teniendo un alma racional y conciencia clara de mis deberes, lo he pospuesto todo al placer de los sentidos corriendo tras un fantasma que se desvanece en este momento. Ahora sé lo que vale la verdadera vida de sacrificio. Desgraciado de mí ¡cuánto tiempo he perdido! No tengo en mi favor una sola de mis obras; pues todas fueron hechas en provecho de este cuerpo miserable que ahora se me derrumba. ¡Perdonadme, Señor, perdonadme!» Y diciendo esto se murió. Los *amigos* creemos que perdió la cabeza.

—Pues se equivocan los *amigos*, porque lo que hizo fué encontrarla; pero seguramente los tales *amigos* deben ustedes ser también de los de las *carnes educadas* y vida *comfortable*; pues, si es así, procuren ustedes aprender de memoria la siguiente moraleja, que no les pesará:

Mortal, si trazas proyectos
no los des por muy seguros;
que en el mundo los *futuros*
suelen ser muy *imperfectos*.
Si tus planes no son rectos,
ya verás con cuanta ciencia

la divina Providencia,
á la primera ocasion,
te sacude una leccion
y despierta tu conciencia. (1)

ADOLFO CLAVARANA.

LA VERDADERA DICHA

¿Cuál es el hombre verdaderamente dichoso?

Oigamos á David.

Dichoso verdaderamente es aquel hombre, que colocando toda su esperanza en el nombre del Señor, no vuelve los ojos á la vanidad, y á las locuras y delicias engañosas de este mundo.

Salmo XXXIX.

Dichoso aquel, que con entrañas compasivas mirare la afliccion y miseria de su prójimo: cuando él se viere en igual necesidad y desconsuelo, el mismo Señor será el que venga á consolarle.

Y si la enfermedad y dolores le postrasen en una cama, el mismo Señor vendrá á darle consuelo, y á mullirsela. para que logre algun reposo.

Salmo XL.

Dichosos una y mil veces aquellos, que caminan sin tropiezo por la senda de los divinos mandamientos,

Dichosos los que investigando por todos los medios, cuál es la voluntad del Señor, no alimentan en su corazon otro deseo. que el de cumplirla.

Porque los que cometen alguna cosa contraria á la ley divina, estos ciertamente no van por el camino que el Señor los tiene mostrado.

Vos, Dios mio, quereis y teneis mandado que se cumplan con el mayor escrúpulo vuestros mandamientos.

Mas para esto es necesario, que seas vos mismo el que encamineis mis pasos, para que no ponga el pié en donde resbalando me precipite.

Salmo CXVIII.

La razon de muchas sinrazones

—o—o—

¿Quién podrá cambiar el corazón de los hombres, preguntaba un dia un hombre afligido por muchas pasiones?

Y le contestaba otro.

(1) Repetido.

Solo Dios es capaz de cambiar el corazon de los hombres y por eso los hombres que prescindien de Dios dificilmente dejan de ser sensuales, ambiciosos y necios, aunque los fundan en el crisol de todas las ciencias, progresos y adelantos.

Decia San Pablo «por la gracia de Dios soy lo que soy.» Y tenia razon porque de un perseguidor de la Iglesia, la gracia de Dios lo transformó en un santo.

La vida de los hombres suele hoy ser vida de bestias, porque prescindien de la gracia, porque no oran, porque solo miran al suelo, porque buscan la dicha en los placeres sensuales, en las riquezas, en los honores.

La gracia que sanó el corazon de San Agustiné iluminó la mente de San Pablo, apenas hace mella en el corazon de muchos hombres porque pegados á la tierra como la ostra, cierran sus ojos para no ver.

Aquellos buscaban la luz.

Estos saben que la luz existe y huyen de ella porque contradice su sensualidad.

Hablando un pensador moderno de estas cosas escribia un dia.

«¿Cuántos, señor, cuantos hombres de toda edad y profesion viven hoy sumidos en el error y lo siguen por comer, por alcanzar puestos honoríficos, por lograr ascensos, por cobrar pingues sueldos, para lo cual no tiene inconveniente en plegarse, más ó menos descaradamente á la secta liberal cuyas funestas doctrinas reconocen, sin embargo, ser dañinas y perniciosas.»

Es verdad.

La sensualidad es la causa de la mayor parte de las sinrazones que deploramos. La vida cómoda: la vida confortable, el apetito desordenado de vivir á gusto es causa de muchas apostasías.

Por eso la ansiada union de los católicos no se efectuará, mientras todos los que ostentan el nombre de tales, no pongan bajo de sus pies toda clase de concupiscencias.

Uno de los liberales más conspicuos de España, hablando de las grandes tradiciones españolas escribia hace poco:

«Tambien en España teníamos antes, instituciones robustas, cimentadas en el sentimiento y en las seculares costumbres del pueblo, desenvueltas en leyes que todos amaban y reverenciaban, porque eran para ellos como esas palabras de nuestros padres que moldearon nuestro corazon y nuestro pensamiento, como esas exhortaciones que no se olvidan nunca porque se quedan grabadas hondamente en la memoria virginal, tal vez por ser las primeras que conocemos y sentimos.

»Todo eso lo barrió de nuestro suelo una ola invasora que subió sobre las crestas del Pirineo y entró por España y asoló la comarca.

»Esa marca asoladora entronizó en España un centralismo brutal, que se levantó sobre una llanura de escombros; sobre los restos despedazados de nuestras instituciones regionales.

»Murió la tradicion y nos lanzamos á un mundo nuevo, como el jovenzuelo que entra deslumbrado en una sociedad desconocida, olvidando por completo cuanto le enseñaron en su casa, cuyo recuerdo estúpidamente le avergüenza.»

El Sr. Azcárate, autor de estos pensamien-

tos permanece, sin embargo, tan liberal como antes. ¡Qué dolor!

No menos expresivo era un diario liberal conservador que escribia estas palabras:

«España, nuestra España tradicional, en largos siglos de su historia, había moldeado las instituciones de su constitucion social, que una á una respondian á los diversos elementos que componían nuestro pueblo: el profundo y arraigadísimo sentimiento religioso que constituía desde la fundacion de nuestra monarquía el hecho de todas esas instituciones sociales, políticas y civiles, las razas mezcladas en un mismo solar, las costumbres, los recuerdos de la historia más accidentada, los sentimientos de un pueblo ardiente, noble y generoso, lleno de aspiraciones nobilísimas y dotado de energía y nervio extraordinario, todos esos y otros mil factores habían entrado en la composicion de un organismo con el que estaba tan compenetrado el espiritu de de la nacion, como lo está con el cuerpo el alma que en el vive encerrada.»

«Volver al viejo hogar, encender los apagados leños, dar calor á lo que está yerto y frio y continuar la obra progresiva de aquello que era nuestro y bueno, eso se impone á la conciencia después de un exámen detenido y una confesion de faltas cometidas.»

Cualquiera creará que el diario liberal que esto escribia, dejaría enseguida de ser liberal. Pues nada de eso; siguió tan liberal como antes.

¿Por qué?

Porque hubiera perdido todas sus suscripciones que importaban un puñado de miles duros.

Los miles duros; siempre los miles duros: los miles duros que proporcionan vida cómoda; que proporcionan *hotelitos* con tapicerías *Flin* y moviliarios *Flan*, he aquí la razon de muchas sinrazones; he aquí la clave de muchos secretos.

Ansiamos fervientemente la union de los católicos, (previa la separación de los que no lo son), pero estamos persuadidos que no veremos realizado nuestro sueño mientras Dios no envíe un castigo que acabe con muchos *hotelitos moviliarios* y *tapicerías*.

Mas claro: mientras Dios no acabe de un golpe con el la causa ocasional de nuestras sensualidades.

Y por lo visto la ccsa no está lejos.

Como que ya ha empezado Dios á vaciarnos los bolsillos con una *cuba*.

ADOLFO CLAVARANA.

MISERERE

(FRAGMENTO)

(Cor mundum)

crea in me, Deus;

Un corazón limpio cria,
oh Dios, en mi pecho impuro,
rompe este corazón duro,
derrite esta nieve fria.
¡Ah engañosa pasión mia,
cuán blandamente me dañás!
Tú, Señor, que á nadie engañas
dame un casto y dulce afecto,

y un noble espíritu recto
renueva tú en mis entrañas.

(Ne projecias)
me facie tua;

No me arrojes enojado
de tu presencia, Señor,
que esta hechura, tu dolor
y tu sangre te ha costado:
perdí á Dios, dejé á mi amado:
y pues que yo te ofendí,
deja que se anegue aquí
mi culpa en un mar de llanto:
más á tu Espíritu Santo
no le retires de mí.

Redde mihi laeticiam
salutaris tui;

Vuélvememe ya la alegría
y tu salud que he perdido,
y volverá á tu sentido
y placer el alma mía:
venga ya el alegre día
que ponga fin á mi mal,
y con la gracia final
confirmarme en tu afición
con un noble corazón
y espíritu principal.

Docedo iniquos
vias tuas.

Yo mismo, yo enseñaré
á los malos tus caminos;
de sus torpes desatinos,
Señor, los apartaré:
yo con tu luz guiaré
los tristes hijos de Adán,
ya que tan ciegos están
en los locos desvaríos
de su error y los ímpíos
á tí se convertirán.

Muerte edificante

La muerte del capitán general de Puerto Rico D. José Gamir ha sido una muerte edificante. En su testamento ordenó que no se pusieran á su cadáver condecoraciones sino objetos piadosos; y antes de morir dió á sus hijos instrucciones y consejos dignos de un patriarca de la antigua ley indicando á cada uno sus destinos y marcándoles la senda de la virtud. «Tened presente, les dijo, que el temor de Dios es el principio de la sabiduría y sin él no lograreis reposo en esta vida ni bienaventuranza en la eterna.»

¡De que distinta manera mueren los que no creen!

La mano de Dios

Escribe *La Información* de Salamanca:

«Nuestros lectores habrán ya oído que uno de los obreros del ferrocarril transversal fué arrollado hace pocos días por el tren.

Lo que quizá ignoren son las horribles circunstancias del infausto acontecimiento.

Un compañero del finado había hecho una cruz de palo, que tuvo la ocurrencia de colocar en el lugar que ocupaba el desgraciado trabajador.

Este comenzó entonces á blasfemar horriblemente y á hacer alarde de incredulidad, arrojando la cruz sobre la vía para ver *si saltaba el tren (son sus frases)*. Pocas horas

después en el mismo lugar, al querer el ímpío saltar de una wagoneta á otra, cayó sobre la vía, siendo completamente destrozado y esparcidos sus miembros y vísceras á gran distancia.

Confesion de un ímpío

Un escritor francés, Pablo Bourget, irreligioso novelista al estilo de Zola, preguntado por un periodista si creía en el Catolicismo, ha respondido lo siguiente: «Si; creo, como Pasteur cree en sus inventos, como los hombres de ciencia creen en sus conquistas, como el mundo cree en sus obras y en sus progresos. Los que cumplen los preceptos de la Iglesia, poseen un salvo conducto contra los desórdenes morales que Zola, y yo mismo hemos descrito en nuestros libros. Tener fé en el Catolicismo es indispensable condicion de felicidad, aun para este mundo.»

Es decir que hasta los más desarraigados conocen la verdad aunque no la siguen. He aquí la mejor garantía para los que marchan unidos á ella. ¡Adelante! ¡adelante! ¡adelante!

Los que comulgan

Cuando observéis en un pueblo ó ciudad jóvenes católicos que no se avergüenzan de serlo y parecerlo; doncellas y madres de familia que en medio de los talleres ó de los campos levantan erguida y valerosa su profesión de fé y de pureza en medio de turbas impúdicas y descreídas; soldados que saben aliar las bizarrías de su uniforme y profesión con la limpieza del alma y la sanidad de vida; magistrados incorruptibles que no venden los fueros de la justicia, ni por la cobarde presión del favor, ni por la vil atracción del dinero, damas en quienes lo brillante de la posición social por la opulencia ó por la sangre no impide bajarse hasta los niños de la calle ó subir uno á uno los cien escalones de la boardilla, comerciantes y letrados que hacen en sus cátedras y despachos, y entre sus libros de ciencias ó sus libros de comercio, glorioso alarde de honrarse con la locura de Cristo en medio de las sonrisas y cuchufletas del volterianismo bursátil ó científico que tanto priva en los centros de hoy; observado, todos éstos y todas éstas comulgan, y visitan al Santísimo Sacramento.

F. Sardá

SOL DE LAS ALMAS.—Opúsculo VI de *El Buen Combate*. Recomendamos mucho este opúsculo. Véase el anuncio.

BIBLIOGRAFIA

LA CRISTIADA por Fr. Diego de Hojeda. Hemos tenido el gusto de recibir los cuadernos 3.º y 4.º de esta magnífica obra, verdadero monumento del arte cristiano que de nuevo recomendamos á nuestros suscriptores.

LOS PRINCIPIOS LIBERALES PUESTOS AL ALCANCE DE TODOS EN FORMULAS SENCILLAS PARA ENTENDER Y COMPRENDER LA MALICIA DE LAS TEORIAS

LIBERALES, por D. Eduardo Maeda Rodríguez, presbítero, canónigo Doctoral de la S. I. G. de Plascencia y Rector del Seminario. Con las licencias de la autoridad eclesiástica. Plascencia, librería de Generoso Montero, precio 40 céntimos. Este interesante folleto merece ser leído y difundido porque es uno de los trabajos más claros y contundentes que se han escrito sobre esa materia.

SOL DE LAS ALMAS.—Hemos recibido el opúsculo 6.º de la colección titulada *EL BUEN COMBATE* que publica la *Librería Católica* de Barcelona. Titúlase este *Sol de las Almas*, por D. Félix Sardá y Salvani. Pbro., director de la *Revista Popular*. Nuevamente encarecemos á nuestros suscriptores la difusión de estos opúsculos, que, ilustrados con bonitos grabados y con hermosa cubierta de color, se admiten suscripciones y se expenden, para poder contrarrestar la propaganda impía, á los precios siguientes:

A 1 ejemplar mensual, . . . 1,50 ptas. al año. A 4 ejemplares mensuales. . . 0,50 id. cada mes. A 8 id. id. . . 1 id. id. id. A 12 id. id. . . 1,50 id. id. id. A 20 id. id. . . 2,25 id. id. id. A 50 id. id. . . 5 id. id. id.

Se mandan prospectos gratis á quien los pida. Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

HOJAS POPULARES.—Oportunísimas é interesantes son las Hojas populares que en la capital de Aragón publica el R. P. Francisco de P. Morell de la Compañía de Jesús. Lleva cada una su propia y variada lámina ó fotograbado, y contiene una graciosa anécdota, una sólida instrucción apologética ó moral, y una cuestión científica puesta al alcance de todos. Se han hecho de ellas en repetidas ediciones más de trescientos mil ejemplares; y creemos que son una arma poderosa para contrarrestar los infernales esfuerzos de la prensa impía y un medio eficaz de que pueden valerse fácilmente todas las personas celosas del bien de las almas, para instruir y moralizar al pueblo.

Salen los días 1 y 15 de cada mes. Su precio casi inverosímil es de un real por centenar, y una peseta por quinientas. Dirigirse para las suscripciones y pedidos sueltos á los Sres. Comas, hermanos, Pilar. 40—Zaragoza.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0,50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR,